

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 24 de Septiembre de 1925

PASEOS POR EL MAPA

Los que están cabeza abajo mientras nosotros estamos de pie

Nueva Zelanda y sus habitantes, nuestros antípodas

El Pacífico, según frase de un geógrafo, es un gran desierto de agua.

El primero en cruzarlo, sin remontarnos a edades remotas y legendarias, fué el portugués Magallanes, que salió de Sevilla en 1520, y descubrió las islas Filipinas, las Marianas y otras muchas. De esta expedición, que salió compuesta de 237 hombres, volvieron tan sólo 18, después de haber dado la vuelta al mundo, entre ellos Juan Sebastián de Elcano, el marino vasco cuyo centenario se ha celebrado recientemente en Guetaria, su pueblo natal, y el italiano Pigaffeta, autor del diario de esta expedición, cuya lectura os recomendamos.

Después de otras muchas expediciones, hizo Cook su viaje en el *Endeavour*, y descubrió Nueva Zelanda.

La rudeza de los indígenas para con los extranjeros no impidió que en poco tiempo se hiciera la colonización. Adquirió el carácter de colonia inglesa en 1840, con la fundación de la *New Zealand Company*, y en 1841, al cesar su dependencia política de Nueva Gales del Sur, tomando el título de colonia distinta. Prosperó con tal rapidez, que en 1853 contaba con 30.000 habitantes blancos. En 1857, el descubrimiento de minas de oro hizo afluir la población de tal modo, que en diciembre de 1887, la población total de las islas era de 648.000 habitantes, y actualmente Nueva Zelanda es considerada, justamente, como una de las más bellas y más activas colonias de la Gran Bretaña.

Nueva Zelanda está formada por dos islas, separadas por el estrecho de Cook; pero, en realidad, no constituyen más que una sola, separada en dos partes por un accidente geológico.

La orientación general del archipiélago es de Sudoeste y Noroeste.

Cuando se acerca uno a Nueva Zelanda, es sorprendido por el aspecto que representa la isla meridional, con sus montañas de nieve perpetuas. La abundancia de glaciares hace que el número de lagos sea enorme. La isla del Sur cuenta con más de sesenta lagos, algunos de los cuales tienen sus buenos 100 kilómetros cuadrados y más de cien metros de profundidad.

Estas islas tienen, a causa de sus lagos y sus glaciares, una gran similitud con Suecia y Noruega.

Como el archipiélago es de una longitud de 1.500 kilómetros, los contrastes de temperatura son singulares. La isla del Norte tiene el clima de Italia, y la del Sur, el de Escocia. Cambios bruscos, del frío al calor, de la humedad a la sequía, son la regla general del archipiélago.

Lo más pintoresco de estas islas es la fauna y la flora. La flora es absolutamente distinta a la de las islas cercanas, y tiene un número muy reducido de especies. La fauna es tan original como la

flora: ni serpientes, ni tortugas hay en todo el archipiélago. Una sola especie de ranas y una docena de especies de lagartos. Lo más curioso de todo son los pájaros. De unas 150 especies distintas, cincuenta de ellas son especialísimas de Nueva Zelanda, y no se encuentran en ningún otro sitio.

La colonización inglesa ha cambiado por completo el carácter de estas islas. Los naturales pertenecen a una de las razas más nobles de la Polinesia: los maoríes. Estos indígenas son de alta estatura, fuertes y bien formados. Tienen gran afición a los tatuajes, que cultivan hasta los límites más exagerados.

Guerreros ardientes, antropófagos sin piedad, los maoríes han dado muy malos ratos a los ingleses, que en muchas ocasiones tuvieron que retroceder ante el empuje y la bravura de sus adversarios.

Actualmente, esta raza va desapareciendo.

Nueva Zelanda es una colonia independiente, en cierto modo. Se gobierna ella misma y tiene un Parlamento, compuesto de dos Cámaras.

Es uno de los países más curiosos del mundo.

Son, exactamente, nuestros antípodas; por eso os decimos, metafóricamente, que andan ellos cabeza abajo, mientras nosotros estamos de pie.

Los Reyes de Valencia

DON JAIME II

Era hermano de don Alfonso, anterior Monarca. A principios de su reinado terminaron las guerras de Italia, renunciando a la Corona de Sicilia, por la investidura de Córcega y Cerdeña.

No se detuvo por eso el espíritu emprendedor de catalanes y valencianos: lanzaronse al mar por propia cuenta, realizando la temeraria y hazañosa expedición a Oriente, que más parece legendaria epopeya que suceso histórico. Dentro del reino de Valencia señalase la época del segundo Jaime por dos hechos importantes: su nuevo amojonamiento, y la fundación de la Orden militar de Nuestra Señora de Montesa.

El nuevo amojonamiento afectó solamente a la frontera meridional, y fué resultado de una campaña, en la que probó su esfuerzo personal el Monarca aragonés, asaltando bizarramente el castillo de Alicante. Cansadas ambas partes de la guerra, el Rey de Portugal, don Dionís, nombrado árbitro, y asistido de Prelados y barones, trazó la línea divisoria de los reinos de Valencia y Murcia.

La orden de Montesa tuvo por cuna el sepulcro de la del Temple: poderosísimos y bien quistos los templarios en Aragón y Valencia, rechazaron con las armas la bula de supresión, encastillándose en sus fortalezas de Miravet, Cantavieja, Monzón, Gisbert y Peñíscola. Tuvo que hostilizarlos y rendirlos, con dolor del corazón, el Monarca aragonés, cumpliendo el decreto de la Santa

Sede y del Concilio de Viena. Después, tras de muchas peripias, obtuvo del Pontífice Juan XXII que sus bienes, destinados a la Orden de San Juan del Hospital, sirviesen para crear otra de la misma índole militar, pero propia del reino de Valencia, y encargada peculiarmente de su defensa.

Por lo demás, época de paz y de sosiego, relativamente, fué para toda la Corona de Aragón el reinado de este Monarca, conciliador y transigente, que dió nuevo sesgo a la política de sus antecesores, dejando a un lado las gloriosas aventuras en el exterior, y aviniéndose en el interior a las pretensiones forales.

La unidad de la Monarquía aragonesa le debió un gran servicio: por primera vez fueron declarados inseparables los tres Estados que la componían; en lo sucesivo, el Rey de Aragón fué *ipso facto*, Rey de Valencia y conde de Barcelona.

Grandes hombres españoles

Bartolomé Estevan Murillo

Este glorioso pintor español nació en Sevilla el 31 de diciembre de 1617. Hijo de padres muy humildes, que perdió en temprana edad, vivió al cuidado de un tío suyo, cirujano, casado con Ana Murillo, siendo el reconocimiento que el futuro pintor sentía hacia la que le sirvió de madre el que le impulsó a usar el segundo apellido, en vez del de Estevan, que era el paterno.

De su niñez no existen datos fidedignos, y todo cuanto de esta época se ha dicho es pura fantasía. En cambio sí se ha comprobado su estancia en el taller del pintor Juan del Castillo, donde ingresó, según costumbre de la época, como aprendiz, obligado a servir al maestro en los quehaceres del taller y de la familia, y en todo lo que se le mandase, a cambio de enseñarle el manejo de los pinceles y de darle de comer y beber, vestidos, casa y cama.

Parte de su mocedad la pasó Murillo trabajando en el taller de Castillo, hasta que éste se trasladó a Cádiz, y el artista se vió obligado a trabajar por su cuenta. En 1642 y atraído por la fama y éxitos de su paisano Velázquez, vino a Madrid, donde fué recibido por este gran maestro con el mayor afecto, facilitándole la visita de las colecciones reales, guardadoras de un crecido número de obras maestras, que pudo estudiar y copiar, en particular las que más exaltaban su admiración, que eran las de Velázquez, Van Dick y Rivera.

La caída del conde-duque de Olivares interrumpió su tranquila vida cortesana y se sintió incapaz de seguir viviendo sus intrigas. En posesión de un caudal de conocimientos técnicos por el estudio de las obras de los maestros ya indicados, regresó a Sevilla en 1645, donde obtuvo, desde luego, una gran acogida, y recibió crecido número de encargos para muchas iglesias y comunidades. Estos encargos menudearon y Murillo ganó holgadamente su vida. Incon-

tables son las obras que salieron de sus manos, y que hoy figuran en los más importantes Museos del mundo.

En 1656 pintó Murillo, para la capilla bautismal de la Catedral de Sevilla, el gran lienzo representando «La aparición del Niño Jesús a San Antonio», que es la obra de mayores dimensiones pintada por el artista. Este cuadro fué inutilizado en 1874 por haber sido cortada y robada la imagen del Santo, que fué recuperada en Nueva York y restaurada cuidadosamente por Cubells.

En 1670 Carlos II solicitó que Murillo se trasladase a Madrid; pero el artista no aceptó el ofrecimiento, declinando el honor. Permaneció en Sevilla, donde por encargo del famoso don Miguel de Mañanara pintó once lienzos para decorar la nueva capilla del Hospital de la Caridad, en cuya hermandad fué admitido en 1665.

En 1680 se trasladó a Cádiz para ejecutar una obra en el convento de Capuchinos.

Casi al terminar esta obra, que representaba a Santa Catalina, un día, al subir al andamio, tropezó y cayó desplomado desde bastante altura. El golpe agudizó una afección que padecía y de la que se fué agravando lentamente hasta acabar con su vida en 3 de abril de 1682.

Entre todos los grandes pintores de nuestro Siglo de Oro, ninguno halló como Murillo la gracia, el color y la vida de los niños, ni han sido tratados con más amor ni con más complacencia artística.

España vista por los pequeños españoles

SEVILLA

Sevilla, la bella ciudad, de la hermosa Andalucía, está situada junto al Betis, uno de sus mejores auxiliares para el comercio.

Sevilla, la gloriosa Sevilla, cuenta con grandes maravillas entre las que se destacan la célebre Catedral con su Giralda, el Alcázar, y la casa de Pilatos.

Tiene también, el típico barrio de Santa Cruz, con sus calles revueltas y tortuosas. Cuenta con el ameno parque de María Luisa, entre los paseos y glorietas del dicho parque, se destacan la plaza de América, con los palacios de Bellas Artes, de Arte e Industrias, y el pabellón real.

También es importante la Plaza de España, que se está construyendo para la Exposición Ibero Americana.

Las calles principales son: La de las Sierpes Tetuán (donde se halla el hermoso teatro San Fernando), Cánovas del Castillo, Gran Capitán, Reyes Católicos, Alfonso XII, O'Donnell, San Pablo, Ríoja, San Fernando y la avenida Reina Mercedes. Las célebres: La del Hombre de piedra, Cabeza del Rey don Pedro, y la del Candilejo.

Sus plazas: La de San Francisco, San Fernando, La Campana, Duque de la Victoria, El Triunfo, La Magdalena, Del Salvador, Del Museo, Gabidia y la Alameda de Hércules.

De las 29 parroquias que tiene Sevilla, casi todas de gran valor entre las que se distinguen las siguientes: El Salvador, La Magdalena, San Lorenzo, San Juan Evangelista y Santa Ana que llaman la atención por la suntuosidad de sus lienzos y esculturas.

Los patronos oficiales de esta ciudad son: San Fernando y la virgen de los Reyes. La imagen de Nuestra Señora de los Reyes es dá-

diva, según se cree de San Luis Rey de Francia, a su primo San Fernando, cuando este vino a la conquista de Sevilla, suponiendo otros autores ser obra alemana. Es un interesante ejemplar de escultura románica del siglo XIII. Es toda de madera de cedro y de tamaño natural, el rostro carece de modelado, la nariz es pequeña, los labios marcados y los ojos pintados.

Hasta en las capillas menos importantes hay muestras de las magníficas esculturas que posee esta capital, de las que ponemos como modelos el Cristo de la Expiración, que se venera en la capilla del Patrocinio en el barrio de Triana, de cuya escultura es la mejor obra de Bernardo de Jijón.

El Museo de escultura consta casi todo de objetos y esculturas, que se encontraron en excavaciones de la famosa ruina de Itálica. En cuanto a los lienzos, son muy valiosos, por estar pintados casi todos ellos por Murillo, Velázquez, Zurbarán, Valdés, Leal, etc. La Torre del Oro, llamada así por haber sido depósito de las rentas del Estado cobradas en América y desembarcadas en el muelle, es árabe; pero reformada en el tiempo de Alfonso XII. El motivo de su construcción, fué el de tener comunicación, por medio de un pasadizo subterráneo, al interior de las murallas con la mezquita mayor.

Las murallas son romanas con restauraciones árabes, viniendo a existir una quinta parte.

CIENCIA PARA LOS NIÑOS

La previsión del tiempo

El deseo de prever el tiempo, observando signos de las nubes, vientos, astros, etc.— El telégrafo, gran invento para anunciar cambios de tiempo.— Los Observatorios y las altas montañas.— El Observatorio de Jansen en el Mont-Blanc; los aparatos en trineo; los aparatos «escriben» solos.— El barómetro y el cambio de tiempo

Los primeros meteorólogos, pueblos primitivos, pastores, supieron observar el color del cielo, aspecto del sol, de la luna, etc., y predecían el tiempo, probable.

Una de las señales más observadas por los campesinos, ha sido la aparición de las nubes en forma de «cumulus», nubes adosadas unas a otras, como un ganado de corderos. Los italianos, dicen: «Cielo a pecorelle, acqua a catinelle», que en valenciano, es: «Ciel a porreguets, aigua a canterets».

En los países de montaña existe una señal de lluvia: la corona de nubes que se forma en las cimas, de manera permanente.

La aplicación del telégrafo para anunciar tempestades, ha sido utilísima, y se generalizó a partir del 14 de Noviembre de 1854, en que una tormenta sorprendió a la armada francesa anclada frente a Sebastopol, echando a pique dos buques, destruyendo la ambulancia del cuerpo expedicionario y la mayor parte de las tiendas de campaña. Esta tormenta hubiera podido ser prevenida, pues antes cruzó toda Europa. Entonces, el famoso astrónomo Leverrier estableció en el Observatorio de París una oficina central de observaciones y avisos meteorológicos, para transmitirlos por doquier.

Especialmente por los barcos que iban a América, ello era de sumo interés. Hoy ha disminuido esto algún tanto, merced a la radiotelefonía, que avisa más pronto y desde más lugares incluso desde el mismo mar.

Los Observatorios halláanse colocados, como es natural, en las cumbres de montañas escogidas para el caso.

El Observatorio más alto de Europa es el del Mont-Blanc, a 4.810 metros sobre el nivel del mar. En América, el más

alto es el de Misti, cumbre de este volcán apagado en el Perú.

No siempre han tenido los sabios paz y tranquilidad en aquellas solitarias alturas. Por ejemplo: el sabio general Nansanty estaba en el Observatorio del Pie du Midi (Pirineos franceses), a 3.000 metros, cuando el 14 de Noviembre de 1874 fué la montaña sacudida por un fuerte terremoto, y enormes montones de nieve desprendidas de la cumbre cayeron sobre el Observatorio. Cuatro días estuvieron allí, enterados en la nieve, Nansanty con sus compañeros y sólo a costa de grandes esfuerzos y peligros pudieron salir y llegar a la primera aldea que hay en la falda de la montaña.

Los dos Observatorios que hay en el Mont-Blanc, representan un esfuerzo enorme. El primero fué establecido por el sabio Vallot, sobre la llamada «roca de las jorobas», a 4.365 metros. Primero se erigió la caseta de madera, en dos días, y la caravana de sabios y de obreros pasó las noches bajo una tienda de campaña, con un frío siberiano; de día el mareo (en las altas montañas, sabido es que suele acaecer un mareo como en los barcos) hacía caer exánimes a los hombres, dos de los cuales necesitaron incluso inhalaciones de oxígeno.

Puesto en servicio este Observatorio, el glorioso astrónomo francés Jansen quiso erigir otro en la más alta cima del gigantesco monte. Tuvo que trabajar con patines como todos los deinás que allí estuvieren, y con patines especiales fué izado el Observatorio entero, por medio de un cabrestante que iba siendo trasladado de punto, según se ganaba altura. De igual manera fueron izados todos los materiales y aparatos.

La inauguración se hizo en Septiembre de 1893. Como es imposible permanecer allí en invierno las observaciones se hacen automáticamente utilizándose para ello registradores movidos por aparatos de relojería, que tienen «cuerda» para meses.

El valor del barómetro es relativo para prever el tiempo. El barómetro lo que indica matemáticamente es el peso de aire, o sea la atmósfera que gravita sobre nosotros. Si baja el barómetro, quiere decir que hay menos capa de aire; si sube, que hay mayor capa. Pero al haber menor peso atmosférico (y bajar por ello el barómetro), suele venir la lluvia, sobre todo en la región nuestra, si sopla al mismo tiempo aire del Sur o del Sureste.

Las oscilaciones del barómetro deben merecer mayor crédito, no cuando son frecuentes, sino cuando más regulares. Si el movimiento ascendente se prolonga de modo gradual durante todo un día, el tiempo bueno se aproxima de modo durable. Lo contrario es análogamente exacto.

EL PAÍS DE LOS HOMBRES FUERTES

Por qué debemos envidiar a los suecos Suecia ha hecho de la gimnasia una religión. En aquel país, lo mismo los adultos que los niños, dedican gran parte de su tiempo a los ejercicios gimnásticos; aún los criminales tienen clase de gimnasia en la cárcel donde se les encierra. Un gran número de Sociedades gimnásticas, con la autorización y la ayuda del Gobierno, proporcionan profesores a las escuelas públicas. Todo niño que asiste a ellas, aprende ante todo a nadar.

Los niños suecos pasan dos meses en el campo cada año; los raquíticos, los

anémicos y los débiles, son enviados todos los veranos a colonias escolares establecidas en las montañas. Los gastos de estas colonias corren a cargo de Sociedades benéficas, y los ferrocarriles del Gobierno transportan gratis a los niños. El escolar sueco disfruta de baños gratis, comidas gratis y médico, dentista y oculista igualmente de balde; por añadidura, los libros se le dan, no se le venden. Los paseos escolares no se limitan, como entre nosotros, a la tarde del jueves, sino que son verdaderas excursiones que duran, a veces, quince días. A los niños de los pueblos se les lleva a las ciudades, y a los de las ciudades se les hace viajar por los pueblos.

Otra particularidad sueca, por lo que respecta a higiene, es que allí los médicos no pasan nunca la cuenta. Cada familia paga un tanto anual a su médico, en la medida de sus fuerzas; las familias pobres le pagan muy poco, algunas absolutamente nada. En las regiones poco pobladas o de población más pobre que rica, el Gobierno ayuda al médico, o aún le paga su salario completo. La carrera de médico en Suecia, dicho sea de paso, comprende once años de estudio.

En el corazón de África

Los peligros de las cacerías

Todos sabemos que los cazadores mientan más que parpadean y que nadie les ganaría en fantasía, si no hubiera pescadores en el mundo. Y, si al quien lo duda, que lea la historieta de Menda.

Por eso, cada vez que oímos a un cofrade de San Humberto relatar sus espeluznantes aventuras con osos, y jabalíes, o hablar del número infinito de sus víctimas, etcétera, etc., rebajamos, por lo menos, la mitad de la mitad, cuando no la mitad y otro tanto, y nos sonreímos, recordando aquello de:

«Si este que apunto lo mató, me faltan tres para cuatro.»

Pero, a pesar de todo lo que se rebaja de los relatos de los cazadores, no cabe duda que a veces se encuentran en graves aprietos y que más de uno ha perdido la vida entre las garras de las fieras. Especialmente en regiones como el centro de África, donde la caza mayor abunda y donde se encuentran animalitos tan cariñosos como el león, el rinoceronte o el búfalo, el deporte cinegético es de un poco más compromiso que el levantar y tirar sencillas codornices o tumbidos conejos. Pero en ese peligro precisamente está por lo visto, el encanto que ha llevado al corazón de África a cazadores de la talla del presidente Roosevelt, Federico Selous, Eduardo White y otros, que han sido el azote de las fieras.

Si se preguntara a los cazadores cuál es el animal «de más cuidado», cada uno respondería dando el nombre del que en más grave aprieto lo había puesto. Para Sancho Panza sería el jabalí, cuya acometida le costó un desgarrón en el preciado traje verde. A Favila no habría ni que preguntarle.

Pero si se abriera un plebiscito entre todos los cazadores del mundo, estamos seguros que los animales que sacarían mayor número de votos (caso de ser elecciones honradas, sin muñidores, pucherazos, etc.), serían el león, el búfalo, el rinoceronte y el elefante.

El león es seguramente el más temible de todos, por su fuerza y por su inteligencia, por su agilidad y por su valor. Un animalito que es capaz de saltar una empalizada de un par de metros

de altura, matar de un zarpazo a un becerro, volver a saltar la cerca con la presa entre los dientes y arrastrarla a un par de kilómetros de distancia, es como para dejarle en cualquier parte el paso franco y hasta para quitarse el sombrero si es preciso.

Le sigue el búfalo, que es también muy temible, no tanto por su fuerza como por ir en manadas de algunos centenares. El cazador podrá matar con su rifle uno o dos; pero, si la manada se le echa encima, está perdido.

El elefante es también peligrosísimo si el tiro no es certero, pues se precipita sobre el cazador y lo destroza a pisotones.

Y del rinoceronte, no digamos. Aunque es de lo más estúpido que se conoce, tiene el animalito una defensa tan poderosa en lo alto de la nariz, que no hay cazador que no se eche a temblar cuando lo ve venir derecho hacia él.

Los leones los cazan los europeos con rifle, y los indígenas con flechas y lanzas, y es tal la habilidad de estos últimos en el manejo de sus armas primitivas, que es raro el león que se les escapa. Tiene tal vitalidad que, más de una vez, con un par de balas en el cuerpo, hizo frente a su agresor, ya inerme, y lo ha destrozado. En estos casos la lanza de un indígena es de mucha más utilidad que el rifle europeo, si no es de repetición.

El presidente Roosevelt, que escribió la narración de sus aventuras en África, tiene relatos interesantísimos acerca de la caza del búfalo. En cierta ocasión él y sus compañeros encontraron cuatro machos, a los cuales dieron muerte, no sin peligro de sus vidas. En otra ocasión descubrieron un grupo de unos setenta búfalos, a los cuales se acercaron arrastrándose entre la hierba. Al llegar a unos 200 metros los animales se dieron cuenta del peligro y se mostraron inquietos. No tuvieron los expedicionarios más remedio que disparar; pero aunque hirieron gravemente a dos de ellos, el resto de la manada avanzó sobre los cazadores; pero éstos esperaron serenamente la acometida y sin disparar, y los búfalos, que no son valientes, al ver la tranquilidad de sus enemigos salieron corriendo.

NIMROD.

CHISTES

UNA OBRA ORIGINAL.

Entre literatos:
—Estoy escribiendo un gran drama para el teatro de Novedades. Un drama en el que todos los personajes son chistosos.
—Pues dí que lo que estás escribiendo es un melodrama.

CUMPLIR LA PALABRA

Una actriz se quejaba al autor de una obra en ensayo de que hubiese repartido a su rival el papel que le había prometido confíar.

—Usted le decía «cumplió su palabra de honor».

—Pues no tiene usted motivos de queja. Di mi palabra de honor a la obra y el papel a la otra. No podía dárselo todo a la misma.

NO ES ALUJÓN

En una representación, del Barbero de Sevilla, de Rossini, un joven, tan necio como empaquetado y presumido, tarareaba algunos aires de esta ópera, acompañando bien a la orquesta, bien a los cantantes.

Claro está que a sus vecinos le resultaba por demás molesta la lata que venía dando el melomano señorito, hasta que ya uno de ellos, completamente fastiado, exclamó:

—¿Qué bestialidad!

—¿Habla usted por mí?—gritó el joven, incorporándose y dándose desde luego por aludido.

—¡Ca, no señor, ni por pienso; todo lo contrario! Hablo de ese imbecil de Rossini, que nos impide el oírlo».

UN CALAMBOUR

Final de un diálogo, cogido al vuelo:
—¿Por qué tu amigo el autor dramático, dice siempre que es hijo de sus obras?
—Sin duda querrá decir con eso que no es el padre.

(Imp. de M. Sintes Rotger.—Mañón)